

Entre tanto el tiempo avanzaba destruyendo día á día cada uno de los pocos elementos con que contaba el nuevo orden de cosas.

Brotando sin cesar nuevas discordias entre las autoridades locales y los comandantes superiores franceses, repercutian estas diferencias hasta el cuartel general y el gabinete imperial, haciendo imposible que hubiera unidad de accion entre los distintos componentes del gobierno.

El palacio era un semillero de intrigas y de murmuraciones, en medio de los festines y saraos, en los cuales se parodiaba el ceremonial de las cortes europeas, con el forzoso acompañamiento de la rechiffa del pueblo.

El cuerpo de ejército que se habia mandado sobre Oaxaca habia tenido que hacer alto al principio de su marcha, sufriendo fuertes ataques que le impedian avanzar, y pérdidas de importancia en su efectivo.

Al fin tuvo Bazaine mismo que ir á encargarse de la expedicion.

En Altata habian desembarcado 600 franceses, que fueron completamente derrotados el día 22 de Diciembre de 1864, despues de una espantosa carnicería, quedando el resto prisioneros, despues de perder sus oficiales, sus armas y sus banderas.

Rosales, Gaspar Sanchez Ochoa y García Granados, obtuvieron este brillante triunfo.

Todo esto despechaba á los franceses, los cuales jamás han querido confesar sus derrotas.

Además, tenian ó afectaban tener un profundo desprecio por los mexicanos, á quienes llamaban bandidos si los veian bajo el lábaro republicano, y traidores é ineptos cuando se ligaban á Maximiliano.

Era que heria su envidiosa susceptibilidad la superioridad que encontraban en muchos de los hijos del país.

Esto esplica el tema de sangre adoptado por las cortes marciales.

Kératry nos ha dicho en estas frases: "las cortes marciales se reunieron y se separaron mas tarde con la conciencia tranquila."

Yo no comprendo esa conciencia. Algunas veces, sin duda, que se ejecutaron verdaderos bandidos; pero la mayoría de los que llevaron al cuadro terrible esos tribunales de sangre, fueron defensores de la independenciam de la patria.

Y sobre todo, ¿qué derecho tenian los extrangeros para ser nuestros jueces?

El que dicta una sentencia de muerte sobre los reos que no están bajo su jurisdiccion, es un asesino: esta calificacion será la que dé la posteridad á las cortes marciales.

Romero, ese guerrillero tan valiente y tan generoso, habia sucumbido sentenciado por uno de esos consejos de guerra: pero admiró á sus verdugos con su inimitable valor y con el desden con que vió la muerte.

Y despues de Romero otros mil fueron arrastrados por esa vía dolorosa, que los liberales llamaban con un terrible sarcasmo, el jardin de aclimatacion francesa. En efecto, en Mixcalco queria Bazaine que se aclimataran los mexicanos con la dominacion extranquera.

Por otra parte, la comision francesa surgia para el arreglo de la deuda francesa, hasta obligar á Maximiliano á que pasara por esas Horcas Caudinas.

El suizo Jecker quedó saldado, y Saligny pudo tocar el premio de su alta obra diplomática.

El clero á su vez, tambien trocaba en una corona de espinas la joya imperial que habian ayudado á forjar.

Labastida era el gefe de la conspiracion, no solo hurdiendo protestas y excomuniones lanzadas contra el ejército francés, sino lanzando al partido conservador contra el soberano.

Roma por su parte, volvía la espalda á los jóvenes soberanos.

Monseñor Meglia, arzobispo de Damasco, vino á formular la burla apostólica que Antonelli hacia del imperio.

El día 8 de Diciembre comunicó su arribo al ministro de negocios extranjeros. El día 10 fué la audiencia, el 12 tuvo lugar una ceremonia religiosa en la colegiata de Guadalupe, después un convite..... y el día 27 escribía Maximiliano á su querido ministro Escudero, una carta llena de recriminaciones contra la corte papal, pidiendo le propusiese las leyes de reforma y la revision de las operaciones de desamortizacion.

El lazo entre el imperio y la masa creyente y fanática del país quedaba roto para siempre.

Poco ántes llegaba á México la encíclica promulgada por Pio IX el día 8 de Diciembre, en memoria de la declaracion dogmática de la inmaculada concepcion de María.

Era imposible, por tanto, que se reconciliaran las dos cortes de México y Roma.

Mientras Maximiliano declaraba vigentes las leyes Juárez, Lerdo é Iglesias que herian de muerte todo el pasado, proclamando la abolicion del fuero, la desamortizacion de los bienes eclesiásticos y la reforma de las obvenciones parroquiales, Pio IX preconizaba las doctrinas del monge Hildebrando, la superioridad del poder de la Iglesia sobre todo, aboliendo la razon y anatematizando la libertad de cultos, la libertad de conciencia y la libertad del pensamiento.

Esa encíclica la habia trabajado hacia mas de dos años el jesuita Perrone, y se pretendia que ella fuera el único código del mundo, como si estuviéramos en los tiempos de Nicolás I, de Gregorio VII ó de Inocencio III.

La Europa culta rechazó esa encíclica como atentatoria al derecho público, á la razon y al progreso.

Meglia partió de México en pos de las instrucciones que no habia traído, porque olvidó lo único á que venia.

El emperador, sin embargo, arrastrado por una de esas inconsecuencias tan frecuentes en su carácter, envió una comision extraordinaria en mision cerca de Su Santidad.

Esa comision, compuesta del obispo Ramirez, de Velazquez de León y Degollado (Joaquin), se embarcó el día 13 de Febrero de 1865.

Pero el elemento reaccionario seguia desapareciendo del cuadro de la administracion.

Lacunza, Portillo, Ortigosa, Siliceo, Escudero y Echano-ve, Cortés Esparza, muchos, en fin, de los que se decian liberales, rodeaban ya á Maximiliano.

Los reaccionarios se retiraban á sus cuarteles de invierno.

Miramón y Márquez eran enviados al extranjero: el primero á que estudiara la táctica de artillería á Berlin, y el segundo á los Santos Lugares de Jerusalem, como el lobo Isagrín de la antigua fábula francesa. Mas tarde fué en mision cerca del Sultan, á aprender sin duda el método de empalar y de apalear las plantas de los piés de los enemigos del rey.

Y sin embargo de que formaban el cortejo imperial todas las notabilidades mencionadas, el imperio tenia cada dia nuevos obstáculos.

El gobierno era imposible en medio de aquella triple legislacion que habia adoptado, porque se cometió el indisculpable error de poner vigentes las leyes conservadoras, liberales y las nuevamente emitidas. Además, el código criminal francés estaba en todo su vigor. ¿Era posible administrar con una legislacion tan contradictoria en sus partes componentes?

Maximiliano á la vez trabajaba como Penélope, destruyendo durante la noche lo que habia elaborado en el día.

Viajaba á Cuernavaca y á Jalapilla, intentaba organizar

su hacienda y su ejército, inventaba condecoraciones, hacia limosnas, todo era inútil, su trono se desmoronaba.

Solo logró acuñar moneda con su busto, aprovechando la ausencia de su ministro Ramirez, que constantemente se habia opuesto á esa medida: mientras acompañaba á la princesa Carlota en su viaje á Yucatan, Maximiliano logró ver los pesos nuevamente acuñados con las armas del imperio en el reverso y su perfil en el anverso.

Satisfaccion pueril que le costó muy cara, porque el pueblo mexicano, con su admirable penetracion, habia sorprendido que en la efígie acuñada del soberano se veía un *doble efecto* muy palpable cubriendo el rostro y dejando libre la barba sola.

¡Cuánta humillacion, cuánto insulto se aglomeraba sobre la cabeza tan noble de ese desgraciado príncipe, que solo era culpable de haber cometido un error aceptando una corona exótica y usurpando el poder de una nacion extranjera, engañado por la política francesa!

Hoy que ya satisfizo la falta virtiendo con tanto valor su sangre, es preciso confesar que ese hombre amaba á México mas que muchos mexicanos, para mengua de ellos.

Como jamás mendigué un favor del imperio, como al joven príncipe solo lo conocí y traté cuando estaba en la prision que debia servirle de capilla, tengo y debo tener el valor de hacer estas confesiones. Lo admiro siempre que lo recuerdo, aunque le niego tenazmente el derecho de venir á sentarse á un trono en mi patria.....

Pero estoy divagando.

El año de 1865 tocaba á su último tercio y la situacion no mejoraba.

Los franceses habian dilatado su zona de operaciones de

una manera admirable, estendiéndose en la circunferencia hasta nuestros Estados fronterizos, obligando al presidente Juarez á abandonar á Chihuahua.

Pero habian debilitado el centro, y la insurreccion cada dia era mas poderosa: era todo el país, menos la línea de tránsito, por donde estaba tendido el cuerpo expedicionario, cuya línea sufría con frecuencia espantosas interrupciones.

Desde Sinaloa, adonde Corona hacia una guerra sin cuartel, hasta las goteras de la capital; desde la frontera del Norte, adonde pululaban las fuerzas liberales, hasta el Sur, adonde no podian penetrar los extranjeros, teniendo que desamparar á Acapulco; y por último, desde Tamaulipas y Nuevo-Leon hasta Colima, y la tierra caliente de Veracruz y Michoacan, todo estaba invadido.

El 5 de Agosto de 1865 salió el presidente de la República, de Chihuahua: solo dos ministros lo acompañaban, porque.....eran los únicos que le quedaban.

Lerdo de Tejada tenia á su cargo la cartera de relaciones y gobernacion; Don José María Iglesias la de justicia y hacienda.

Me detendré por un momento en delinear esas dos figuras clásicas de nuestra historia.

Siento que ambos estén en el poder, porque se podia creer que los adulaba; pero todos aquellos de mis lectores que me favorezcan recordando que en la tribuna de la cámara y en la prensa he atacado casi todos los actos de su actual administracion, comprenderán que habiendo roto con el presente, solo me ocupo del pasado, y en ello tengo la absoluta imparcialidad de quien ni teme, ni espera.

Siempre he envidiado tener, mas que el estilo de fuego de Plutarco, la tranquila justificacion de Tucídides: y preferiria haber escrito la "Guerra del Peloponeso" mas bien que los "Hombres ilustres."

En fin, si adulo, adularé con la verdad.

Lerdo es el primer político de nuestros tiempos. Pequeño de cuerpo, ancho de espaldas, blanco, y algo grueso, hay en toda su figura algo simpático que atrae, y que recuerda la fascinación que ejerce la víbora de la India; pero es la atracción del afecto. En su rostro irregular, redondo en su mitad izquierda y cuadrado en su mitad derecha, como si fueran dos medios rostros distintos pegados por su parte media; en su frente vastísima, en su cráneo cesáreo casi desnudo de pelo, en su nariz delgada y corva, en su boca móvil y siempre dilatada por la más mordente y cáustica de las sonrisas en toda su *facies*, hay las líneas características de una animación admirable: sus ojos, sobre todo, son dos centellas que penetran hasta los últimos pliegues del corazón humano.

Yo no conozco todavía al diplomático capaz de engañar á Lerdo: porque ese hombre tiene un sol por cerebro. Audaz, provisto de un valor y de una audacia admirables, poseyendo una lógica fría é inflexible como la hoja de una espada, es el hombre más apto para el papel que desempeña. Tan hábil es en el trabajo lento y reposado de un gabinete, como en medio de una cámara agitada por alguna tormenta parlamentaria; pero aquí es adonde debe verse á Lerdo. Profundamente razonador unas veces, y otras paradojal pero lleno de brillo y de imaginación, seduce á su auditorio, lo convence y lo arrastra hasta donde quiere.

Su mayor defecto es ser altamente escéptico: aun dudo si cree en algo. Cuando se le vea colocado en una situación definida y precisa puede asegurarse que lo llevó allí un sigilismo, pero jamás una creencia ni un afecto.

Y sin embargo, en el corazón de ese hombre, siempre cerrado como un santuario hebreo, hay dos afectos eternos, siempre vivos y siempre puros: el amor á su patria y el afecto á sus amigos. La patria ha sido su querida, á la que halaga con todas las riquezas de su inteligencia y por la cual

lo ha sacrificado todo, hasta su buen nombre, reportando por ella el estigma del inflexible, del sanguinario, y del cruel. Lerdo habrá errado, pero lo ha hecho en bien de su país. En cuanto á sus amigos, son muy pocos, pero muy caros para él.

Don José María Iglesias es un tipo enteramente opuesto al anterior. De una talla mediana, excesivamente delgado, lento y acompasado en sus finísimas maneras, más bien parece el prepósito de un beaterio, que el ministro victorioso de una república revolucionaria y reformadora.

Su rostro delgado, encajado en el medio óvalo de una patilla negra entre cana y corta, está cubierto del color amarillo pálido de la cera vieja, y se contrae frecuentemente por un *tic* nervioso que produce una leve convulsión en su mejilla: su mirada apagada, como la de un cadáver, detrás de sus anteojos de patillas de oro, su boca de labios delgados y finos, nada revelan al observador. Pero sin embargo, Iglesias tiene una gran inteligencia, una erudición admirable y una memoria increíble: tranquilo, sereno como un *sorites*, tiene sin embargo un gran corazón: su patriotismo no tiene tacha.

Llegó la vez de que describa á Juárez.

Esa figura histórica es un mito para el que quiera hacer su semblanza.

Pequeño de cuerpo, cabeza redonda, frente chica y deprimida, pómulos salientes, mandíbulas cuadradas, boca grande y deformada por una leve cicatriz que divide perpendicularmente su labio superior, es el tipo perfecto del indio, el ejemplar más completo de la raza zapoteca, extinguida hoy casi completamente por la conquista.

En cuanto á su retrato moral, es imposible hacerlo, porque el actual presidente de la República es la encarnación de la esfinge.

Tenaz y constante como no se ha visto todavía otro hom-

bre público en la historia del mundo, sincero demócrata antes, pero que ha solido deleitarse en ejercer la dictadura sin retroceder hasta la tiranía, clemente algunas veces con los vencidos y otras inflexible para llevarlos al cadalso, encerrado siempre en la fórmula de la legalidad, impenetrable en sus intenciones, sin que jamás se le escape una espansion ni una confidencia, hé aquí los razgos visibles de Juarez: se entiende, descrito como hombre público, pues al hombre íntimo ni lo conozco ni me toca juzgarlo.

Juarez jamás dice lo que quiere, ni adonde va, ni lo que medita hacer: su secreto ha consistido en gastar á su lado á todas las notabilidades que han descollado en México, haciendo con habilidad que salieran de los ministerios que les confiaba llenos de desprestigio é incapaces de hacerle sombra en la candidatura presidencial.

Porque ese hombre, que indudablemente salvó al país, ese hombre, el primero en el mundo que ha salvado la independencia de su suelo triunfando con ella, ha cometido, sin embargo, el increíble error de enamorarse del puesto, esponiéndose á perder allí lo que habia ganado en celebridad y en el amor de sus conciudadanos.

Juarez debe comprender una cosa: que al edificio de su gloria le falta la cúpula. Si quiere concluir su carrera siendo un grande hombre, solo le queda un camino; retirarse al hogar doméstico como Washington y Johnson. Pero si insiste en continuar siendo lo que es hoy, se suicidará moralmente.

Solo un timbre nadie puede quitarle, haber mantenido flameando siempre en el viento la bandera de la república. Juarez es un héroe, que ocupará en la historia un lugar entre Hidalgo y Washington.

Hé aquí en pocas líneas los hombres de Paso del Norte.

En esta ciudad duró el gobierno durante tres meses, siguiendo en su residencia las eventualidades de la expedicion:

cuando el ejército invasor retrocedió un poco, Juarez volvió á Chihuahua, teniendo que tornar al Paso, adonde entró el dia 18 de Diciembre de 1865.

El 22 del mismo mes se encargó de la cartera de guerra, el general D. Ignacio Mejía.

Pero entre tanto el imperio hacia una estacion espantosa en su camino.

El 21 de Setiembre de 1865, el Estado Mayor general del cuerpo expedicionario, envió una nota al gabinete del emperador, participándole que el mariscal Bazaine habia recibido un telégrama de Brincourt, en el cual se decia que Juarez *habria* dejado el territorio mexicano, atravesando la frontera en el paso del Norte, y dirigiéndose á Santa Fé.

Nótese el tiempo en que pongo el verbo, y que lo tomo tal como lo contiene la nota oficial.

Y sin embargo, cuando la fuga de Juarez no se determinaba, cuando se anunciaba con un futuro contingente embozado capciosamente, esto bastó para que el imperio se diera los plácemes mas cumplidos.

En efecto, si hubiera desaparecido el gobierno del suelo de la República, la causa imperial habria ganado lo que le faltaba en legalidad.

El imperio y Francia veian en ello la sancion de todos sus actos, notoriamente irregulares y deformes mientras existiese el gobierno legítimo y constitucional de México.

El imperio creyó entónces que podia permitirse todo, y espidió el tristemente célebre decreto de 3 de Octubre de 1865.

En los considerandos de ese decreto, se tributaba un homenaje á la constancia y al valor de Juarez.

Y en la formulacion del decreto se condenaba á muerte á todos los que juntamente con Juarez habian defendido hasta entónces la autonomia de la nacion.

Aquí tengo de nuevo que rectificar á Kératry.

Maximiliano estaba preso en Querétaro y lo juzgaba un consejo de guerra. Entre los cargos que el fiscal hacia al archiduque, había el mas terrible de todos, la espedicion de ese decreto de sangre.

Para hacer su esculpacion, los defensores sostuvieron que la ley draconiana de Octubre había sido una exigente inspiracion del cuartel general francés, y que apesar de su promulgacion, no se había puesto en vigor, sino que había servido tan solo para inspirar un *saludable terror* á los disidentes.

Kératry, el defensor de Bazaine ante el tribunal de la conciencia pública, no podía dejar que se lanzara por todos los ámbitos del globo la inculpacion sin contestarla.

Y asienta, en su defensa, que Bazaine no tuvo participio alguno en aquella obra, que no la conoció sino cuando estaba ya redactada, y que el mariscal se limitó á pedir, cuando se le manifestó, que se le agregara la conminacion contra los hacendados que se hicieran cómplices de los liberales, lo cual constituye el artículo 10 de dicho decreto.

Mas dice Kératry: que la minuta original del decreto está escrita de puño y letra del mismo Maximiliano; que este la meditó algun tiempo, y despues la sometió á la aprobacion de su consejo. Y estraña que los ministros que han estado presentes en la sesion adonde se discutió ese decreto, y que escucharon por tanto la verdad de la boca del mismo emperador, no la hayan dicho muy alto en vindicacion del desgraciado archiduque.

Pues bien, el elegante escritor se ha equivocado.

Ignoro si Bazaine tuvo ó no el triste mérito de haber concebido esa ley, aunque no sea mas que el desarrollo de los principios que proclamó la intervencion, desde el decreto de Forey erigiendo las cortes marciales, hasta las proclamas de Dupin, y las circulares reservadas que dirigia el cuartel general á los comandantes superiores franceses.

El tono con que hoy rechaza la voz oficial de la intervencion la complicidad que se le atribuye en la formacion de esa monstruosidad, indica que cuando compulsa á sangre fria el lujo de crueldad que iba á desplegarse, conoce que ese decreto de 3 de Octubre era anti-político y contraproducente, y que jamás debió darse.

¿Por qué no evitó, pues, esa promulgacion, cuando es notorio que el *sic volo* de Bazaine era mas poderoso en la administracion imperial que la misma voluntad del soberano?

Pero lo que destruye sobre todo para mí la argumentacion del historiador francés, es la evidencia que tengo de que está engañado cuando cree que la minuta del decreto está escrita de letra del emperador.

Sin duda Kératry no ha visto ese precioso documento: le diré, para que rectifique su aserto, que la letra de esa minuta no es de Maximiliano. Está escrita en un pliego grande de papel florete, doblado por su parte media: en el márgen derecho está el decreto primitivo, y en el izquierdo están escritas las modificaciones que se le hicieron: algunas adiciones ó reformas están escritas con lápiz rojo en unas hojas sueltas.

El principal argumento de Kératry, viene, pues, á tierra.

Sea lo que fuere, el decreto se dió á luz, y en realidad de verdad, poquísimo importa hoy conocer su origen primitivo. Promulgado, repartido por todos los ámbitos del país como un soplo de muerte, la responsabilidad es comun á cuantos lo sancionaron con su signatura.

Despues de la firma de Maximiliano estaban la de Ramirez, ministro de Negocios Extranjeros; Luis Robles Pezuela, ministro de Fomento; Esteva, ministro de Gobernacion; Peza, ministro de la Guerra; Escudero, ministro de Justicia; Siliceo, ministro de Instruccion Pública; y Francisco de P. César, sub-secretario de Hacienda.

Con la publicacion de ese decreto vinieron los infames asesinatos cometidos en Michoacan el 21 de Octubre, en las personas de los generales Arteaga y Salazar, los coroneles Diaz Paracho y Villagomez, y el presbítero Mina.

Todo fué irregular en aquella terrible ejecucion: se aplicó un decreto no conocido aún en aquellas localidades, violando el eterno principio de que las leyes no obligan ántes de su promulgacion. Esto es tanto mas extraño cuanto que ese decreto fué llamado, con una sangrienta ironía, el decreto de amnistía.

Pocos dias despues de publicado el decreto tantas veces mencionado, Maximiliano cambió su gabinete.

Esto es inesplicable.

Complicar á aquellos hombres en aquella declaracion de guerra contra el derecho de gentes, contra los principios de la inviolabilidad de la vida humana, de la civilizacion y de la humanidad, abrir entre ellos y la república un lago de ódios, manchar la frente de cada uno de ellos con un estigma de sangre, y separarlos despues de su lado, es un misterio que jamás se ha descifrado.

Entraron, en lugar de Ramirez, D. Martin Castillo, y D. Manuel Siliceo fué sustituido por Artigas.

III.

Terminó el año de 1865 y pasó el primer tercio de 66 sin que mejorara en nada la situacion del nuevo imperio.

El nuevo ministerio era tan impotente como el anterior para dar vida á aquel cadáver, galvanizado por un momento bajo el soplo de Napoleon.

Esepcional era en efecto la condicion en que se habia puesto Maximiliano: si continuaban los franceses en México apoyando el trono, no podia gobernar en el pleno goce de su soberanía: si se retiraba el cuerpo espedicionario, sucumbiria aplastado por la insurreccion del país.

Porque dos males incurables figuraban en primer término entre los muchos de que adolecia aquel cuerpo político.

El primero era la guerra interior, tenaz, implacable, reproduciéndose bajo mil formas distintas: ya espresada por la opinion pública en los escritos de la prensa pequeña y en los periódicos conservadores, que se habian hecho de oposicion desde la partida de Meglia, y por la resistencia que se notaba en todas las clases para ayudar al gobierno imperial: ya sostenida por las fuerzas liberales, que unas veces se organizaban en gruesas masas para amagar las ciudades fronterizas, y otras se dispersaban en guerrillas

impalpables, que solo se dejaban ver para dar un golpe de mano andaz y terrible.

El segundo era el gobierno americano. Desde la ocupacion de Richmond, cambió el tono del gabinete del Norte al ocuparse de la cuestion mexicana. Pero cuando se completó la pacificacion y comenzó á organizarse aquella poderosa república, la Casa Blanca, con toda su insolencia de yankee y sin guardar las fórmulas que ecsige la etiqueta diplomática, mandó al gobierno de las Tullerías que sacara su ejército de México.

La primera nota americana lanzada con tal objeto al rostro del emperador de los franceses, tiene la fecha de 6 de Diciembre de 1864. En los primeros meses de 1865 ya habia Napoleon inclinado la cabeza ante aquella amenaza y ofrecido abandonar á su aliado.

¿Podia Maximiliano salvar su obra ante ese doble conflicto?

Rápidamente lo examinaré en sus dos faces.

Kétatry, aunque sin método alguno, sin guardar ningun orden cronológico, y exhibiendo los documentos que se le facilitaron para su obra, sin cuidar de ordenarlos guardando siquiera la antelacion de sus fechas, describe sin embargo con bastante precision las desgracias interiores que llovian sobre la cabeza del infortunado soberano.

Pero aunque enarra las sucesivas derrotas que sufrían los imperiales, olvida las que á su vez tuvieron los franceses: es que no advierte que esa omision no bastará para borrar los desastres del ejército expedicionario que la historia tendria cuidado de anotar en la hoja de servicios del mariscal Bazaine.

Brevemente liquidaré el haber y el debe de esa gloria militar.

Hasta 1865 la expedicion á México costaba á la Francia 11.000 hombres y 135.000,000 de pesos.

Es decir que el contingente de sangre, que es el mas doloroso para un pueblo, venia á importar poco mas ó menos á razon de 3.000 hombres muertos por año, ó 250 cadáveres al mes, lo que da una suma de 8 hombres diarios sepultados en el suelo mexicano. Si es cierto que la carne humana es un buen abono para la tierra, no hay duda que Napoleon nos hacia el servicio de enviar á nuestros labradores una cantidad respetable: cuarenta arrobas diarias de abono francés.

Pero ese abono salia de un pueblo de hermanos, porque el pueblo francés no es responsable de la infame agresion que nos hacia el hombre del 2 de Diciembre, y este reportará un anatema eterno por haber prodigado en un suelo extraño la sangre de la raza cuyos destinos regia. Y cuando México y Francia vuelvan á tenderse la mano á través del Océano, maldecirán la memoria del hombre que armó á la una de estas naciones contra la otra.

Hecha esta terrible balanza, seguiré contando lo que perdió aún la Francia en el año siguiente de 1866 y los dos primeros tercios de 67. Esa pérdida no fué tanto en oro y sangre cuanto en honra.

Los franceses sentian que el suelo de México temblaba bajo sus piés como si fuera á estallar una mina ó á reventar un volcan: respiraban un viento de muerte, y vivian en una perpetua alarma.

Cada dia en efecto les era mas hostil la actitud de los mexicanos. Los conservadores no les perdonaban que hubieran traicionado sus esperanzas y que los trataran con un desprecio tan altivo. Los liberales no transigian con la presencia del extranjero, aunque reconocieran que este mas bien habia venido á favorecer su causa que á dañarla, puesto que la intervencion no era mas que el apoteosis de la República tan calumniada. Los imperialistas, es decir, ese grupo mixto que rodeaba á Maximiliano, tambien lu-

chaban día á día con los altos funcionarios franceses, cuya tutela no toleraban y cuya mala fé veían.

De aquí es que cada día eran mas solemnes y palpables las manifestaciones de ódio á los estrangeros.

El 5 de Mayo de 1866 se celebró con mas pompa que en los anteriores el aniversario del triunfo de Zaragoza.

La calle que lleva el nombre de esa fecha memorable, estaba, al amanecer ese día, tapizada de flores y cubiertos los frentes de las casas, y los balcones y las paredes, de coronas de laurel, de colgaduras y de inscripciones alusivas.

El sepulcro del general Ignacio Zaragoza, héroe de esa jornada, estaba lleno de coronas, de luces y de ramilletes. Millares de ciudadanos é infinitas señoras vestidas de negro, fueron en comitiva llevando cruzada al pecho una banda tricolor.

El cuartel general no se atrevió á tomar medida alguna en contra de aquella demostracion del sentimiento público: se limitó á enviar algunos gendarmes al panteon de San Fernando, para que fueran los mudos testigos de la ovacion que hacian los mexicanos á la memoria del vencedor de los franceses.

Por aquella época casi, venia la Peralta á la República, y hacia su debut en el Gran Teatro Nacional. Desde aquel momento el *ruiñón mexicano* fué un nuevo pretesto para que los mexicanos hiciesen patente su ódio á la Francia. La célebre cantatriz era anti-intervencionista, y en sus canciones alusivas, en sus trages y en sus conversaciones públicas, demostraba siempre cuanto sentia ver á su patria hollada por el estrangero: además, un periódico francés habia intentado deturpar el mérito de la artista que habia recibido tanto aplauso en los teatros de Italia.

Todo esto era bastante para que el público mexicano hiciera su predilecta á la prima dona, recibéndola siempre

con un inmenso y nutrido palmoteo, y bañándola con un torrente de ramilletes y coronas.

Bazaine, cada vez que se efectuaban tales triunfos, tenia que salirse del teatro con todo su estado mayor.

Iguales escenas tuvieron lugar en todas las ciudades del interior que iba recorriendo la Peralta.

La voluntad nacional estallaba, pues, por todas partes, agobiando de fatiga á los estrangeros que querian luchar contra ella.

Sobre todo, es preciso no olvidar que el trono mismo era el principal enemigo de la intervencion francesa.

Maximiliano tenia una inteligencia bastante privilegiada para comprender que no se consolida un trono con un ejército estraño, y un gran corazon para resolverse á sostenerlo con los elementos propios, desechando los estraños, que deshonoran y perjudican mas de lo que sirven.

Así es que, como lo indiqué ya desde su elevacion, trató de organizar un ejército indígena que fuera suyo, á fin de apresurar la retirada del ejército francés, cuando sus fuerzas propias bastaran para contener á los liberales.

Pero la Francia traslució el proyecto del emperador, y trató de enervarlo: entonces, cuando aun no recibia la intimacion americana, queria cortar en México, por salvar los intereses tan multiplicados y graves que habia empeñado en aquella obra.

Sin embargo, Kératry, en la mayor parte de su obra, se empeña en sostener que en el gabinete imperial fué adonde naufragó el proyecto de organizar el ejército mexicano, tanto por las vacilaciones del soberano, como por la impericia de su gabinete.

Pero en esto, como en muchas otras cosas, Kératry es inesacto en lo que afirma.

Los documentos respectivos que exhibe, solo demuestran que Bazaine, ó algun otro elemento francés, entraba en las

combinaciones que hacia el ministerio imperial sobre organizacion militar, solo para nulificar sus resultados, ejerciendo una tutela constante sobre los nombramientos de los gefes, el reparto del armamento, el movimiento de las fuerzas, la fabricacion de las municiones de guerra, y sobre todo, revelando un desprecio profundo sobre la importancia militar que tenian las tropas imperialistas.

Bazaine no atendia á que si no le hubieran abierto el camino con sus operaciones de vanguardia las fuerzas mexicanas de Mejía y Márquez, la ocupacion del interior no hubiera sido tan rápida y feliz como fué.

Además de la pretension de hacerse necesarios al imperio, tenian los franceses una profunda desconfianza de los mexicanos, y por eso estorbaban que se armaran.

Y es un hecho, cuyo documento justificativo mejor es el testimonio de todo el país, de que la artillería y los almacenes militares pertenecientes á México estaban en poder de los franceses, y el mismo Kératry cuenta que solo á la hora de retirarse mandó el general en jefe que se entregaran á los comandantes imperiales.

Para armar un pueblo ó una villa de las que pretendian defenderse del continuo amago de las guerrillas, era preciso pedir el permiso al mariscal, quien muy pocas veces lo concedia.

Inútilmente pretende, pues, Kératry, sostener que el mariscal cuidaba y pretendia que se organizara el ejército imperial: los hechos desmienten esa aseveracion.

Por otra parte, mal podia el emperador levantar tropas cuando no las mantenía á causa de que el tesoro público era continuamente vaciado por los interventores extranjeros.

En vano llegaban á la capital los financieros franceses facturados en Paris, y consignados al gabinete imperial. Seis vinieron sucesivamente; Budin, Corta, Bonnefonds

Langlais, Maintenant y Friant, y todos tuvieron un fin trágico: los mató el clima, la demencia y el ridículo. Pero ni lograron disminuir el egreso de la suntuosa lista civil que consumian los extranjeros parásitos del trono, ni aumentar las entradas, cercenadas además por la asignacion de las convenciones.

Hé aquí por qué Maximiliano no pudo poner en pié su ejército, tal como lo requería la situacion, que tanto se complicaba.

No habia un Estado de la República que no estuviera invadido.

Tamaulipas estaba incendiado, hasta arrojar de allí al odioso Dupin, en cuya contra-guerrilla estaba, como segundo gefe de ella, el mismo Kératry. Mejía se veia obligado á permanecer encerrado en la plaza, constantemente amagado por las fuerzas del general Escobedo, Rocha, Hinojosa, Garza, Cortina y Canales. Desde los últimos meses del año anterior de 1865 guardaban aquella angustiosa situacion las fuerzas imperiales, sobre todo despues del sitio de la plaza y los ataques que sufrió durante los dias 22, 24 y 25 de Noviembre, en virtud de los cuales la plaza fué ocupada, viéndose obligado Mejía á encerrarse en el Obispado y en la Ciudadela, á causa de haber sido completamente derrotada la columna francesa, que al mando de La Hayrie marchaba en auxilio de la ciudad, la cual pudo salvarse solo por la llegada de Jeanningros con fuerzas superiores.

En Sinaloa, el cuerpo expedicionario dejaba tambien sus timbres de invencible. Corona, Rubí, Martinez y otros mil, batian constantemente á las columnas francesas, y estas se veian reducidas á permanecer solo en Mazatlán.

El Estado de Veracruz estaba todo ocupado por la insurreccion sostenida por los generales Alejandro García y Alatorre; Oaxaca se levantaba de nuevo á la voz de Porfirio Diaz: en Michoacan combatian sin descanso Régules y Ri-

va Palacio: en el Sur no quedaba ya un solo francés, y las fuerzas de Álvarez, Jimenez, Altamirano, Figueroa y Leyva, se desbordaban hasta el Estado de México: los Estados del centro estaban llenos de guerrillas, y en suma, los franceses solo eran dueños del terreno que pisaban, y cuando los imperiales se quedaban solos eran hechos pedazos.

Hé aquí la situación interior agravada por las diferencias tan graves que surgían entre los gabinetes de México y las Tullerías.

Veamos lo que había en el exterior, muy brevemente, porque el tiempo se me acorta.

Desde el 6 de Diciembre, como ya lo he dicho, había salido de la secretaría de Estado de Washington una nota dirigida al marqués de Montholon, ministro de Francia, en la cual se exponía cuál sería la política que en lo sucesivo guardarían los Estados-Unidos respecto al continente americano.

Al mes anunció el ministro francés que se retirarían las fuerzas á la mayor brevedad posible.

Esto no bastó á la Casa Blanca, y el día 12 de Febrero volvió á insistir en su demanda, pidiendo que precisara la época en que tendría lugar la desocupación de México.

Napoleon III, el altivo, el imperioso, el que tenía en sus manos el equilibrio europeo, el papado y el trono de México, lleno de terror sacrificó al archiduque.

Yo no puedo seguir día por día cada uno de los episodios de la lucha emprendida entre la diplomacia americana y la europea: además, Kératry dá los suficientes pormenores para que el lector conozca perfectamente ese lastimoso episodio de la intervención. Me limito, pues, á apuntar los meses para no perder el orden cronológico.

Apenas supo la corte de México que Napoleon había cedido ante el mandato de Seward, creyó que debía tomar una medida suprema.

Almonte había partido primero con el carácter de enviado extraordinario de México en París: pero aquella tentativa había fracasado.

El día 31 de Mayo el ministerio francés dirigió una nota en la cual se quitaba toda esperanza á Maximiliano, reagravando esta meticolosa defección, con la infamia de acusarlo de que había faltado á sus compromisos con la Francia.

Todo es miserable en la política de Napoleon, sobre todo en México: afortunadamente los mismos escritores franceses han sido los primeros en condenar á su gobierno, confesando que el emperador de México había satisfecho todas las obligaciones que le imponía el tratado de Miramar: Kératry á su vez acusa á Napoleon de semejante deslealtad.

Al recibir el soberano el día 7 de Julio de 1866 la nota francesa de 31 de Mayo, pensó abdicar; pero á su lado estaba la emperatriz que le aborrió esa acción indigna.

Carlota recordó á su Max, que la corona imperial no debía caer de su frente, sino cuando la arrancaran de allí las balas republicanas. Pero despojarse de ella con terror para esconderla entre los bagajes del ejército francés, y huir con este, era indigno de un vástago de Carlos V.

La altiva, la inteligente emperatriz, tomó entonces una resolución suprema, y al día siguiente, 8 de Julio, partió para Europa.

Todos saben los episodios de ese doloroso viaje; nadie conoce sin embargo, lo que pasó en el secreto de las entrevistas de Carlota con Napoleon y Pio IX.

El emperador de los franceses no pudo ser generoso con aquellos jóvenes soberanos á quienes había comprometido en una empresa absurda para abandonarlos en los momen-

tos del peligro: no pudo ser digno conservando su propia honra y la de la nacion que regia: ante todo estaba su miedo, y aterrado por los monitores de los yankees, se deshonró negando á Carlota cuanto esta le pedia.

Entonces la emperatriz, llena el alma de despecho y de ira contra aquel viejo cobarde que tenia la pretension de ser el primer hombre del mundo, partió para Roma.

Allí la defeccion fué mayor.

¿Qué pasó en el Vaticano?

Quien sabe: pero sin duda que el menos culpable fué Pio IX en su negativa de ceder á los arreglos que proponia á la Iglesia la corte imperial de México, respecto á un concordato para zanjar las dificultades creadas por la espedicion de las leyes de reforma. ¿Qué entendia ni qué sabia ese anciano de los intereses de la raza latina, ni de las invasiones en América de la raza anglo-sajona, ni del peligro que habia en que el protestantismo se infiltrara en México, cuando el clero romano continuara luchando contra los intereses materiales de la civilizacion y el progreso?

Maximiliano no habia devuelto nada de lo que se habia quitado al clero mexicano, no podia, pues, el Papa tratar con él.

En aquella lucha terrible que debió estallar entre la clara y luminosa inteligencia de Carlota, y la senil razon del gefe de la Iglesia, debe haber pasado algo muy grave que no debió convenir á la corte romana que se supiera en el orbe.

Importaba que el secreto de lo que allí pasara, quedara sepultado para siempre; la casualidad salvó á la camarilla del Vaticano, y la princesa Carlota salió de allí loca.

A las once de la mañana del día 18 de Octubre de 1866, estaba Maximiliano en el alcázar de Chapultepec. Escudero, el ministro, se hallaba á su lado conferenciando sobre los últimos artículos del código civil.

En este momento se recibió un parte telegráfico del conde Bombelles, depositado en Miramar: el telégrama estaba en inglés, y en la cifra adoptada en el gabinete.

Al leerlo Maximiliano dió un grito y comenzó á llorar: era que acababa de leer que la emperatriz estaba atacada de una fiebre cerebral. Pero poco despues supo la terrible verdad. Entónces se encerró en el alcázar y no quiso hablar con nadie.

Casi al mismo tiempo se sabia en México la mision Castelnau, y cosa rara, se habia transparentado hasta el objeto de la venida del ayudante de campo de Napoleon. Lo que se ocultaba á la suspicacia de los diplomáticos, lo habia adivinado el pueblo con su instinto, y en las calles y en los cafés de México, se contaba que Castelnau traia las instrucciones de hacer abdicar á Maximiliano, poner un gobierno que reconociera la deuda francesa, y retirar el ejército francés.

Y todo era enteramente cierto.

Napoleon sellaba la obra mas grande de su reinado con una infamia.

Era preciso que la empresa que habia comenzado con la violacion de los tratados de la Soledad, terminara con la violacion de los tratados de Miramar.

Y no solamente la Francia misma derrocaba el trono que habia erigido en consorcio con la traicion, sino que buscaba nuevos traidores para organizar el gobierno que sucediera al imperio, á fin de garantizar los intereses de la Francia.

Como un resto de dignidad, decia Napoleon que no trataria con Juarez: gasconada ridícula, porque Juarez era

quien no entraría jamás en convenios con el extranjero, y menos cuando este efectuaba una vergonzosa retirada había de entrar en una transacción que no aceptó cuando triunfaba la intervención.

Yo no comprendo cómo se ha podido creer que Napoleón es un verdadero hombre de Estado, porque ni talento ha habido en la consumación de su última falta. ¿Cómo creyó que podía fundar en México al sacar de allí sus tropas, un gobierno suficientemente vigoroso para hacer subsistir la nueva convención franco-mexicana, cuando no pudo hacer durable un imperio con sus cuarenta y ocho mil hombres, y todos los recursos de la masa conservadora del país?

Maximiliano, apesar de su clausura, sintió el rumor público, á la vez que su correspondencia europea le revelaba la mayor parte de la política napoleónica.

Entonces resolvió partir á Orizaba, y el día 21 de Octubre en la madrugada, salió de México deteniéndose en Ayotla.

Kératry también revela bastante todos los incidentes de aquella expedición. Tan solo oculta que en aquella vez se marcó sin disfraz alguno la tendencia agresiva é invasora de las autoridades francesas.

Apenas salió de la capital, la *Estafeta*, órgano del cuartel general, anunció que Bazaine quedaba encargado del poder supremo, como lugarteniente del reino. Esto le causó un apercebimiento de la secretaría de gobernación, que no tuvieron el valor de sostener las autoridades imperiales.

La alarma era general en México, y en los departamentos los ánimos se agitaban en tal conflicto, que era imposible utilizar aquellos últimos momentos para dar una solución ventajosa al problema del presente, mas el secreto del porvenir.

Seis días tardó Maximiliano en llegar á Orizaba, y ya allí se encerró en su alcoba, adonde permaneció enteramente

aislado, sin atender á los negocios públicos: la postración de su ánimo era profunda, inmensa, pero disculpable: el Cristo sudaba sangre en el monte de los Olivos y pedía al Padre que separara de él el cáliz del dolor.

Solo el padre Fischer, el gambusino, el luterano convertido en ferviente católico, estaba á su lado, pero poseído enteramente del alma del emperador, abriendo su correspondencia, contestándola por él, dictándole sus determinaciones propias y reproduciendo, en fin, aquellas escenas de la posesión diabólica de los hebreos.

Era Maximiliano el *hechizado*: el alma noble y generosa pero débil entregada toda entera á su ángel malo, á aquel terrible magnetizador de alta inteligencia y vasto génio de intriga, aunque profundamente desmoralizado. Apenas se esplica esa fatal influencia.

El padre Fischer estaba enteramente vendido al partido conservador y trabajaba de cuenta de este, aunque los clericales no tenían mucha fé en su hombre, cuya biografía conocían tan perfectamente.

Por una meditada casualidad Márquez y Miramon estaban ya en México.

Todos los elementos de un cataclismo se aglomeraban sobre la cabeza del soberano.

Los tres principales personajes de la intervención, Bazaine, Danó y Castelnau, urgían en sus comunicaciones al emperador que abdicase: el partido conservador por su parte lo retenía en el país.

Y sin embargo, fuerza es confesar que el partido conservador no era leal en estas indicaciones, porque no estimaba á Maximiliano. Los generales reaccionarios que supieron morir á su lado, sí lo estimaron altamente, sobre todo, después de haber combatido á su lado. Pero los hombres de pluma y sotana no podían aceptar como su jefe á un príncipe ilustrado, progresista, despreocupado y que tenía